

RICHARD
NORTH PATTERSON



LA CONTIENDA

Corey Grace un carismático senador republicano de Ohio se involucra en una feroz batalla presidencial contra el candidato favorito del partido y líder de la derecha cristiana. A pesar de sus cualidades, Grace es un miembro incómodo para sus superiores ya que no teme opinar en público, aunque ello suponga enfrentarse a las directrices del partido. Su relación con Lexie Hart, estrella de cine afroamericana, no sólo reafirma su reputación de inconformista, sino que además despierta nuevas antipatías. A medida que la presión de la campaña se intensifica, Grace se enfrentará a la traición, a secretos inconfesables y a terribles decisiones morales. Su integridad será puesta a prueba en una brutal contienda política en la que todo vale. Partiendo de la pregunta de si un hombre honesto podría llegar a ser presidente de Estados Unidos, Richard North Patterson se sirve de la batalla de Corey Grace para abordar cuestiones claves de la actualidad norteamericana como el racismo, el terrorismo, el fundamentalismo religioso, los derechos de los homosexuales o el poder de los medios de comunicación, y ofrecernos un relato tan perturbador como verosímil acerca de la despiadada maquinaria política norteamericana. La contienda es una propuesta emocionante para todos aquellos interesados en los entresijos políticos de Estados Unidos.

LA CONTIENDA

Richard North Patterson

PROLOGO

El héroe

En la oscuridad de su cautiverio, antes de que el presidente le hubiera convertido en héroe por aquel acto negligente que su amigo había pagado con la vida, el capitán Corey Grace se inhibía de la culpa y del dolor de la tortura recordando el motivo que le había hecho desear volar: huir de la oscuridad para encontrar la luz.

Sus primeros recuerdos eran de esa suerte de prisión en la que se fue convirtiendo la casa de sus padres; la manera en que la rabia silenciosa y alcoholizada de su padre se revolvía dentro de sí misma; la forma en que su madre ocultaba el sufrimiento apretando los labios, con una expresión tan tensa como el moño que le recogía el pelo. Incluso el pueblo de Ohio donde vivían, Lake City, daba la impresión de ser un lugar agobiante: no sólo por las casitas casi idénticas, con sus diminutas parcelas de césped, sino por las vidas monocromáticas de aquellos que no parecían marcharse jamás, por los chismorreos que no había manera de evitar, por la absurda intolerancia hacia las minorías con las que nunca nadie había tenido contacto. Solamente en su cautiverio, cuando la vergüenza y una caridad tardía limaron su desdén hacia su familia y su pasado, Corey vio en esa imagen despiadada un reflejo más de su vanidad.

«Eres alguien especial», le habían dicho siempre: maestros, entrenadores, párrocos. Incluso, a su manera críptica, se lo decían sus padres. Desde su primera juventud, la belleza había sido una de sus muchas virtudes: la sonrisa fácil y los ojos castaño oscuro —receptivos, alerta y ligeramente risueños—, las facciones fuertes pero regulares, que mantenían una agradable proporción. Ya destacaba en el colegio; se convirtió en el capitán de tres equipos deportivos; adquirió una facilidad de palabra y una astucia que no podía atribuir a la herencia recibida de ninguno de sus progenitores; aprendió a ocultar sus diferencias con un encanto natural que despertaba el deseo en sus compañeras y las ganas de emularlo en sus compañeros.

Por su parte, sus padres eran unos extraños, no solamente para Corey, sino el uno para el otro.

—Me pregunto con quién te casarás —reflexionó su madre en voz alta la noche del baile de final de bachillerato.

Aquel día, mientras le arreglaba innecesariamente la pajarita del esmoquin —la máxima expresión de cariño maternal de la que era capaz— Nettie Grace lo miró a la cara. Con un temor instintivo de que, de alguna manera, aquella vida lo fuera a atrapar, Corey fue consciente de que su madre todavía quería imaginárselo casado con alguien de Lake City. Tal vez con Kathy Wilkes, la chispeante animadora que esta noche era su pareja de baile. Tal vez su madre hablara desde el corazón, pensó Corey; tal vez fuera sólo el miedo a que los dejara atrás. Hasta el orgullo que sus padres sentían por él parecía impregnado de sus propios rencores.

Mirando a su madre a los ojos, respondió a media voz:

—Con nadie de aquí.

Nettie Grace le soltó el corbatín.

Corey paseó la vista lentamente por el pequeño salón, como si fuera la última vez que miraba el lugar. Su padre miraba la televisión con una botella de cerveza entre las manos, llenas de callos por su trabajo de fontanero. En un

rincón, Clay, su hermano pequeño, de cinco años —cuya sola existencia le conjuraba imágenes que apenas era capaz de soportar— miraba a Corey con una admiración infantil. Mientras observaba el alborotado pelo castaño del pequeño y sus inocentes ojos azules, a Corey le embargó una empatía que deseó poder sentir también por sus padres. Tenía ya la sensación de que Clay —quien, para evidente satisfacción de su padre, no parecía especial en absoluto— no escaparía jamás a su familia.

Con un gesto impulsivo, Corey tomó a su hermano en brazos y lo agitó en el aire antes de acercar la cara del chico a la suya. Clay le rodeó el cuello con los brazos.

—Te quiero, Corey —le oyó decir.

Por unos instantes, abrazó fuerte a su hermano; luego lo volvió a levantar, mientras se preguntaba por qué su sonrisa no surgía con tanta facilidad.

—Sí. Yo también te quiero. Aunque seas tan bajito.

Lo dejó en el suelo y le dio un beso en la frente, antes de marcharse sin decir nada más a nadie.

Los dejaba a todos atrás: a su madre y a su padre; a los amigos que creían conocerlo; a su cita en aquel baile, que le ofrecería acostarse con él con la esperanza de que aquel momento, la cúspide de sus imaginaciones juveniles, fuera el principio y no el fin; hasta a su hermanito. Y lo sabía desde que su entrenador, Jackson, lo nombró primer *quarterback*:

—Eres lento —le había dicho, lacónicamente— y tu brazo no supera la media, pero eres listo y no pierdes los nervios. Sin embargo, por encima de todo, no eres un simple líder: eres un líder nato.

Aquello era nuevo.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó.

—Que tú nunca miras atrás para ver quién te está siguiendo. —El entrenador ladeó la cabeza, como si estudiara a Corey desde un ángulo distinto—. ¿Has pensado en alguna de las academias? ¿West Point, tal vez?

Aquel día fresco de otoño, Corey regresó a casa meditando sobre aquel comentario. Entonces levantó la vista y vio un avión que se elevaba por el espacio y la luz infinitos, y que dejaba por único rastro una estela de vapor. No, pensó Corey. West Point no.

Su admisión en la Academia de las Fuerzas Aéreas llegó con tanta facilidad como su momento de marcharse. Dejó a sus padres y a su hermano en el aeropuerto después de unos cuantos abrazos contenidos y unos momentos de silencio incómodo, tan sólo conmovido por lo pequeño y solitario que su hermano Clay le parecía de pronto.

Era la primera vez que Corey Grace volaba.

Los días en la academia también pasaron sin más, como la escuela de aviación y el ascenso. Cuando estalló la guerra del Golfo, el capitán Corey Grace estaba destinado en Arabia Saudí, esperando ansiosamente el momento definitivo para dar prueba de sus habilidades: entrar en combate con los pilotos iraquíes a velocidad supersónica con tanta destreza que mataría sin que le mataran.

Para Corey, el F-15 que pilotaba era una extensión de sí mismo: la máquina perfecta, con una tecnología en sus articulaciones que era capaz de obedecer todas sus órdenes. La única otra variable humana era su copiloto.

Joe Fitts era un joven negro de Birmingham, Alabama. La primera vez que Corey lo vio tuvo que reprimir la risa del asombro: la sonrisa dentada de Joe y sus orejas de soplillo le daban un aspecto, según el juicio reacio pero despiadado de Corey, de personaje cómico e inocente, y su manera desgarbada de andar hacía pensar que tenía las extremidades pegadas al cuerpo con gomas elásticas. Sin embargo, el primer vuelo que hicieron juntos transformó la apariencia de su copiloto.

Joe tenía la mente tan aguda como su vista; parecía saber todo lo que hay que saber de su oficio... y del de Corey. Unos cuantos vuelos más le confirmaron la sensación de estar con un hombre cuyo juicio se acercaba tanto a la

perfección como el del mejor de los mortales. Unas cuantas sesiones en el bar de oficiales le dieron la pista de que Joe era un ser humano complicado, pero, en conjunto, brillante. Y el hecho de que Joe fuera el primer negro al que Corey había conocido bien le hizo enfrentarse a una verdad elemental: fuera cual fuera la idea que tenía de su propia infancia en Lake City, había sido, en un sentido muy básico, un niño privilegiado.

El padre de Joe era conserje; su madre, costurera. Sus vidas habían estado marcadas por un tiempo y un lugar en el que ningún detalle escapaba a la absurda lógica del fanatismo, como esas fuentes de agua potable separadas para que los negros no mancharan las de los blancos. Los padres de Joe no habían tenido derecho a voto hasta 1965, un año después de que él naciera, lo cual les daba la sensación de que este acto temerario podría dejar a su hijo huérfano. Pero, aunque su formación era todavía más elemental que la de los padres de Corey, el orgullo que sentía Joe por sus padres era tan profundo como su amor: de la estricta dureza de su existencia habían conseguido extraer la feroz resolución de darle a Joe Fitts las oportunidades que ellos sólo se habían atrevido a soñar. La única fisura que había entre Joe y sus devotos padres baptistas era un hecho que él les ocultaba: excepto cuando estaba en casa, Joe no iba nunca a la iglesia.

—¿Así que eres ateo? —le preguntó Corey una noche.

Sentado a la barra, mientras se tomaba el *whisky* escocés a sorbos, Joe consideró la pregunta con los ojos apretados.

—Ser ateo es ir demasiado lejos —respondió—. ¿Por qué invertir tanta energía en algo que no podemos saber? Cualquiera que te diga que está seguro de que Dios existe, o de que no existe, es que se droga. Y, de todos modos, la pregunta está mal formulada. Tal vez sí que haya un dios, y tal vez sea un tipo estupendo, o una chica, o un hermafrodita, o cualquier cosa que la gente quiera creer; no tengo

ninguna objeción. Lo que me revienta es cuando la gente cree que creer en un dios les da derecho a cagarse en otra gente, o hasta a matarles. Ya sean cristianos o musulmanes, da igual. —Se volvió hacia Corey—. ¿Has visto alguna vez esas viejas fotos de linchamientos? ¿Esos tipos blancos bien vestidos con su hazaña del día colgando de un árbol?

—Claro.

—¿Adiertes algún detalle peculiar en ellas?

—Sí, que el negro está muerto. —Corey hizo una pausa y luego se aventuró—. ¿Que no hay mujeres?

—Vuelve a mirarlas. En el instituto hice un trabajo sobre ellas. Lo que verás es que muchos de esos canallas iban vestidos con sus mejores ropas de domingo. Salían de la iglesia, ¿te das cuenta? —La media sonrisa de Joe expresaba tanto asombro como consternación—. He conocido a cristianos verdaderos, y también he conocido a unos cuantos cabrones asquerosos cuyo dios estaba creado a su imagen y semejanza. En general, diría que la relación entre devoción y bondad es más bien aleatoria. Y de alguna manera, eso te hace pensar en cómo sería la historia si hubiera habido más gente un poco menos creyente.

Esas reflexiones malhumoradas no impedían a Joe disfrutar de los pilares de su vida: el orgullo de hacer bien su trabajo y el amor que sentía por su esposa y su hijo de cuatro años.

—¿Sabes por qué no me quiero morir? —confesó entre copas—. No porque crea que sea el final, que no seré más que un cadáver, sino por todo lo que me perdería, y todo lo que se perderían ellos de mí. Bastante castigo es estar aquí contigo, metido en este bar de mierda.

—Curioso —dijo Corey con un tono mordaz—. En cambio yo, cuando estoy contigo, no echo de menos a Janice. El simple sonido de tu voz es música para mis oídos.

Joe soltó una carcajada compungida.

—Ya, me lo imagino. Déjame ver esa foto otra vez.

Corey puso la foto encima de la barra: una imagen de su esposa con Kara en brazos. Su hija, contemplando una tarta con cinco velas con expresión solemne, parecía más alta que la niña de cuatro años a la que Corey había visto la última vez. Detectó en ella el primer indicio de la gracia y la belleza de su madre. En cuanto a Janice, estaba más guapa que nunca. Tal vez sólo Corey percibía la reprobación en sus ojos, o sólo él sabía que le había dado motivos.

—Qué guapas —dijo Joe—, las dos. ¿Sabes?, a veces me duele mirar a «los míos». Janie y Maxwell son la mejor esposa e hijo del mundo, y ahora no puedo ni abrazarlos ni besarlos. —Con una sonrisa apenada añadió—: En ocasiones, de noche, eso me duele mucho.

Aunque Corey le sonrió con comprensión, sintió una vaga inquietud y envidia. Todavía deseaba a Janice, y ella parecía desearle también; sin embargo, cada vez más, cuando harían el amor, ella parecía estar ausente. Y a medida que pasaba el tiempo, su hija le parecía una extraña, como una extensión de su madre.

Aunque se sentía muy próximo a Joe, eligió hablar sólo de Kara:

—Creo que no me ve lo suficiente. A veces creo que apenas me conoce.

Normalmente, la alusión a los niños bastaba para que Joe empezara a ensalzar el milagro de desarrollo infantil que era Maxwell Fitts; su humor, su rapidez, sus extraordinarios dones retóricos. Pero Joe era un tipo sensible. Con aquella mirada perspicaz que a veces le hacía parecer un viejo prematuro, respondió a media voz:

—Se acostumbrará a ti, chico. Sólo es cuestión de tiempo. —Hizo una pausa; después, con cierta impaciencia, añadió—: Estoy harto de estar aquí esperando a que estalle esta maldita guerra. Ya va siendo hora de que nos den la orden de cepillarnos a esos pavos y de que podamos volver a casa con los nuestros.

Detrás de sus palabras, parecía haber cierto temor latente.

—No temas —le dijo a su copiloto—. Una vez empiece, estarás abrazando a Janie antes de lo que tardaremos en tragar las tres próximas copas de *whisky*.

Los dos amigos brindaron por ello con solemnidad.

La guerra del Golfo duró poco más de un mes. Para Corey Grace y Joe Fitts, todos los días menos el último fueron un paseo.

Los dos hombres funcionaban como un reloj. Sin el más mínimo reparo, Corey derribó tres aviones iraquíes mientras afirmaba que le encantaba la emoción del combate aéreo. Y cuando el jefe de la fuerza aérea iraquí intentó huir a Irán en un Mig de fabricación rusa, le pareció correcto que Corey y Joe recibieran la orden de derribarlo. El único requisito era interceptar al general Hussein Al-Malik antes de que entrara en el espacio aéreo iraní.

Volaron por un cielo azul eléctrico a 1.1 mach, tan rápido que no tenían sensación de velocidad. El problema era hacerlo todo en décimas de segundos: comprobar el radar, escuchar el informe del AWAC sobre la distancia de Al-Malik de la frontera, controlar el consumo de fuel... El equilibrio de estos factores podía ser asunto de vida o muerte. El avión quemaba miles de kilos de fuel por minuto; cuando sólo les quedaran tres mil kilos —la reserva— tendrían dos opciones: volver a casa o estrellarse en el desierto.

Los dos hombres, rodeados por el azul infinito del cielo, eran ajenos al tiempo y al espacio. Aunque no podían ver el Mig iraquí, estaban casi tan cerca de su objetivo, les dijo el AWACS, como éste lo estaba de la frontera.

—Vamos a derribar a ese hijo de puta —dijo Corey—. Joe miró el depósito.

—Cinco mil quinientos kilos —informó con calma—. Nos quedan unos cuatro minutos.

Al-Malik estaba a tres minutos del espacio aéreo iraní.

—Tiempo suficiente —respondió Corey. Pasó un rato sin ningún iraquí a la vista.

—Cuatro mil quinientos kilos —dijo Joe, con un tono más tenso—. El combustible se quema más rápido de lo normal.

Corey movió la cabeza:

—El indicador tiene que estar mal.

—Es posible, pero creo que tenemos un escape en el depósito, Corey.

Corey sintió que se le tensaba la musculatura, como si quisiera que el avión fuera más rápido de lo posible.

—Le cazaremos —repitió.

De pronto, una esquirla gris reflejó la luz del sol a toda velocidad: Al-Malik, a segundos del espacio aéreo iraní.

—¡Estamos en reserva! Hay que volver —gritó Joe, perdida toda su calma.

Corey siguió avanzando.

—Diez segundos.

—Vamos, tío —rogó Joe, muy tenso. Corey inició la cuenta atrás desde diez y luego apretó el botón del misil guiado por radar.

En una décima de segundo, la esquirla se convirtió en una aparatosa explosión. El general Al-Malik no era ya más que una multitud de partículas de humanidad esparcidas por encima de la frontera iraní. Corey dio media vuelta.

Pasó un minuto hasta que se volvió a oír la voz de Joe:

—Mil ochocientos kilos —dijo, en voz baja—. Está claro que hay una fuga. Tenemos que saltar.

Corey hizo una mueca, pero ya no había tiempo para lamentarse.

—Tú primero —ordenó. La cabina se abrió y Joe desapareció. Segundos más tarde, Corey abandonó el aparato, lanzado de cabeza a una histérica caída libre hasta que se abrió el paracaídas. Al hacerlo, el dispositivo se infló y amortiguó la caída de Corey hasta un descenso todavía

precipitado. Debajo, las rocas irregulares del suelo crecían a una velocidad sobrecogedora.

Corey tiró de los cables, pero se dio cuenta de que lo había hecho demasiado tarde. Sus pies chocaron con la roca y luego el hombro derecho aterrizó con un crujido escalofriante que le provocó una oleada de náusea por todo el cuerpo. Cuando su cabeza se estrelló contra una roca, perdió el conocimiento.

Recuperó el sentido en medio del aturdimiento. Parpadeó y se dio cuenta de que estaba rodeado por un contingente de soldados iraquíes harapientos y de que el sol señalaba el final de la tarde. No advirtió la presencia de ningún oficial: el soldado que avanzaba hacia él llevaba una barba que no parecía militar, y sus ojos delataban un cansancio próximo a la locura.

El hombro fracturado le provocaba un dolor punzante. El hombre se mantenía inclinado sobre él, con el rifle entre las manos.

—¿Habla inglés? —bramó Corey.

El hombre no respondió. Con una extraña indiferencia, cogió el rifle por el cañón, lo levantó hacia su cabeza y luego lo bajó de golpe hasta el hombro izquierdo de Corey.

Mientras se retorció de dolor, el norteamericano preguntó, con los dientes apretados:

—¿Dónde está mi copiloto?

El hombre levantó el brazo derecho, señalando en silencio:

—Suicidio —le dijo el iraquí en inglés—. Ese negro no tenía coraje.

Sobre una roca plana, vio la cabeza aplastada del compañero de Corey: el único testigo de su funesto error.

El mes siguiente cambió a Corey Grace para siempre. Sus captores lo retenían en algún lugar subterráneo, en una oscuridad tan profunda que perdió toda noción del tiempo

o del espacio. El único alivio de la ceguera era cuando le daban de comer o lo torturaban.

Su técnica era primitiva pero eficaz: utilizando cuerdas como un arnés improvisado, lo colgaban del hombro fracturado hasta que gritaba de dolor o se desmayaba por el tormento y el agotamiento. Sus ropas apestaban a orines y a heces. Si Corey hubiera podido suicidarse, lo habría hecho.

Sin embargo, eso no era todo. Durante horas, su cabeza dejaba de razonar, y la falta de sueño estallaba en forma de locura y alucinaciones. Entonces se concentraba desesperadamente en su esposa y en su hija, dos caras en una instantánea impresa en su cerebro.

—Por favor —musitaba, aunque no sabía si se dirigía a Dios, a Janice o a Kara—, me portaré mejor...

Empezó a perder cualquier sensación en los hombros y en los brazos... Con sus últimas reservas de energía, se resistía con temple a cualquier cosa que los iraquíes le pedían: una confesión grabada, información sobre un sistema de armas o cualquier otro acto de traición. Entonces le inundó un terrible temor: quizá sus captores no querían nada más que lo que ya estaban obteniendo. Privado de cualquier otro objetivo más allá de la supervivencia, Corey sentía que la locura se iba apoderando de una oscuridad en la que su única sensación era el dolor; su único alivio el discutible acto de piedad que consistía en mantenerlo vivo para convertirlo en infrahumano.

Sin embargo, lo liberaron.

El intercambio de prisioneros tuvo lugar de una manera poco clara. Sus captores eran una facción criminal de un ejército en vías de desintegración. Los iraquíes que lo encontraron y lo liberaron le ofrecieron unas vagas disculpas, pero no le informaron de nada. Su regreso a Estados Unidos ocurrió en medio de una nebulosa de sueño y agota-

miento. Finalmente, sintió que un Corey Grace distinto iba ocupando su despedazado cuerpo.

Recuperó el humor, pero una autocrítica profunda e implacable venció a su habitual desapego. La imagen de Joe Fitts lo perseguía.

Había sacrificado la vida de su amigo por la oportunidad de matar a un general iraquí; por vanidad. Abatido, deseaba poder recuperar aquellas décimas de segundo, en especial cuando se enfrentaba a otra amarga realidad: el Corey de antes de aquel combate no habría cambiado su vida por la de Joe. La promesa con la que Corey trataba de salvar su conciencia —que llenaría el resto de su vida de significado— le parecía una manera patética, incluso narcisista, de buscar la redención por la muerte de un hombre mejor que él.

No se lo podía contar a nadie. Mientras se recuperaba en el hospital Walter Reed, Janice lo trató con una amabilidad intachable que a él le pareció fruto de la voluntad. Corey no colmaba de expresiones de amor, de promesas de cambio o de confesiones gratuitas de infidelidades a su esposa; sólo cambió la llegada de un nuevo propósito de contemplarla con claridad y compasión. Pero lo que vio en ella le impidió hablarle de Joe Fitts: la consideración con que Janice lo trataba no era amor. Ni siquiera era capaz de mencionar tal palabra.

Puede que el tiempo los curara, al igual que sería capaz de transformar a la solemne criatura de cinco años que estaba junto a su cama en una niña que adorara a su padre. Tiempo era lo único que le sobraba: aunque sus brazos y sus piernas volverían a funcionar correctamente —según le aseguraron los doctores—, el capitán Corey Grace no podría volver a pilotar.

Corey era ahora un hombre sin metas.

Joe Fitts nunca lo abandonaba. Corey dictó cartas para sus padres, su esposa y hasta para su hijo de cinco años, Maxwell, con la esperanza de que, cuando el muchacho